

especial para *El Financiero*, edición del 12 de mayo de 1992

Nava

miguel ángel granados chapa

Con unas horas de diferencia estuvieron bajo el mismo techo, el sábado anterior, el Presidente Salinas y su principal opositor, el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas. Los condujo a la capital de San Luis Potosí el común interés de saludar, en su hora política final, al doctor Salvador Nava Martínez, quien la víspera había encabezado el último mitin reunido en torno a su persona.

Al menos con esa contundencia se ha anunciado el retiro del dirigente cívico potosino. Sin embargo, y no obstante ser un hombre acrisoladamente sincero, no necesariamente hay que creer en las palabras del ex alcalde de San Luis. No es que mienta, sino que es extraordinariamente resistente. Varias veces antes él mismo pareció cerrar la cortina, y otras tantas volvió a abrirla, para continuar su lucha.

Cuando en 1962 la embestida del gobernador Manuel López Dávila contra el navismo se hizo insoportable, su dirigente actuó con responsabilidad extrema y dispuso la clausura del empeño cívico que presidía desde cuatro años atrás. Era preferible entrar en receso o cancelar la actividad política de los ciudadanos que creían en él, antes que exponerlos a las represalias gubernamentales, que iban creciendo en intensidad. El propio doctor Nava había sido encarcelado, y torturado. Pero naturalmente no fue su dolencia personal lo que determinó la decisión política, sino el valladar insuperable que la violencia oficial erigía contra las expresiones cívicas potosinas. Alguien, con apresuramiento, hubiera podido escribir en esa fecha el requiem por el navismo y por la actuación de su líder, el oftalmólogo que en 1958 había vencido al PRI en la contienda por la alcaldía, había provocado la caída del gobernador Manuel Alvarez, y sólo por la represión había depuesto su exigencia de ser reconocido como el triunfador en las elecciones de 1961. Tras esas vicisitudes, y considerando que no pertenecía ya a ningún partido --había sido miembro del oficial hasta el año anterior, cuando rompió con sus dirigentes nacionales--, y considerando que la Unión Cívica Potosina estaba desmoralizada y diezmada, se habría encontrado natural el retiro, entonces, del que ahora anuncia que lo iniciará.

Pero veinte años más tarde resucitó el movimiento, o cobró nuevos alientos pues estaba sólo aletargado, y con semejantes o mayores bríos que en los inicios, instaló una vez más en la presidencia municipal de San Luis a su dirigente, que de igual modo que el agrupamiento que había fundado, reapareció con vigores renovados, a pesar de los años transcurridos. Estos, sin embargo, habían acumulado en

el cuerpo del doctor Nava sus fatigas y disminuciones, y en 1985 el alcalde potosino debió solicitar licencia, por enfermedad. De nuevo parecía haber llegado al extremo de su trayectoria. Pero su ausencia fue breve. Volvió a concluir el trienio para el que había sido electo, y para encabezar la protesta por la imposición de un alcalde cuya talla era minúscula comparada con la del antecesor.

Rejuvenecidos simultánea y recíprocamente el movimiento y su guía, se dispusieron a esperar activamente las elecciones de 1991. Pero un año antes de ellas la enfermedad volvió a atosigar al doctor Nava, lo recluyó en un hospital por largos meses, en que se le sometió a un cruel tratamiento, y congeló las expectativas de sus partidarios. Pero todos respiraron aliviados cuando al concluir el año 90 el mal pareció resultar vencido, al punto de que el doctor pudo aglutinar la remisa voluntad de tres partidos y la entusiasta de los ciudadanos, y emprender una agotadora campaña de casi cinco meses, seguidos de otro más de una eficaz exigencia de higiene electoral. Ese intenso semestre había sido coronado por una caminata que habría cansado a cualquier muchacho, pero que dio vida nueva a este joven septuagenario, dispuesto a marchar de San Luis a la ciudad de México, y que sólo tuvo que llegar hasta las cercanías de Querétaro para conseguir la parcial reparación de la ofensa infligida a los potosinos.

En esos tensos días, se produjo otro momento en que el doctor Nava parecía anunciar su retiro. Una semana después de las elecciones, ante la declaratoria de gobernador electo expdida por el Congreso local a Fausto Zapata, y negado a optar por la vía violenta, el doctor Nava dejó en libertad a sus partidarios para volverse a sus casas. Todo parecía haber terminado al anochecer de aquel 25 de agosto. Y sin embargo, pronto se reanimarían el líder y el Frente.

Al realizarse las elecciones municipales de diciembre pasado, la abstención preconizada por el doctor Nava implicaba una forma de ausencia, que en ese momento era táctica pero parecía ser estratégica por lo menos para Nava mismo. Una nueva respuesta en sentido contrario surgió al anunciar el doctor su decisión de fundar un partido regional. Y si bien una crisis lo obligó a permanecer en el hospital a mediados de febrero, salió de allí para encabezar el lanzamiento del Movimiento Ciudadano, extensión nacional de su esfuerzo potosino de más de tres décadas.

Ahora de nuevo los médicos han instado a su famoso colega a que se retire. El dolor ha de ser insoportable para obligar a este curtido, perseverante, entercado luchador a hacer mutis. Pero que no nos engañe. Ya lo conocemos. No será extraño que reaparezca, vencedor como tantas otras veces antes de los estragos del tiempo.

Nava

Miguel Angel Granados Chapa

Con unas horas de diferencia estuvieron bajo el mismo techo, el sábado anterior, el presidente Salinas y su principal opositor, el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas. Los condujo a la capital de San Luis Potosí el común interés de saludar, en su hora política final, al doctor Salvador Nava Martínez, quien la víspera había encabezado el último mitin reunido en torno a su persona.

Al menos con esa contundencia se ha anunciado el retiro del dirigente cívico potosino. Sin embargo, y no obstante ser un hombre acrisoladamente sincero, no necesariamente hay que creer en las palabras del exalcalde de San Luis. No es que mienta, sino que es extraordinariamente resistente. Varias veces antes él mismo pareció cerrar la cortina, y otras tantas volvió a abrirla, para continuar su lucha.

Cuando en 1962 la embestida del gobernador Manuel López Dávila contra el navismo se hizo insoportable, su dirigente actuó con responsabilidad extrema y dispuso la clausura del empeño cívico que presidía desde cuatro años atrás. Era preferible entrar en receso o cancelar la actividad política de los ciudadanos que creían en él, antes que exponerlos a las represalias gubernamentales, que iban creciendo en intensidad. El propio doctor Nava había sido encarcelado y torturado. Pero naturalmente no fue su dolencia

por enfermedad. De nuevo parecía haber llegado al extremo de su trayectoria. Pero su ausencia fue breve. Volvió a concluir el trienio para el que había sido electo, y para encabezar la protesta por la imposición de un alcalde cuya talla era minúscula comparada con la del antecesor.

Rejuvenecidos simultánea y recíprocamente el movimiento y su guía, se dispusieron a esperar activamente las elecciones de 1991. Pero un año antes de ellas la enfermedad volvió a atosigar al doctor Nava, lo recluyó en un hospital por largos meses, en que se le sometió a un cruel tratamiento, y congeló las expectativas de sus partidarios. Pero todos respiraron aliviados cuando al concluir el año 90 el mal pareció resultar vencido, al punto de que el doctor pudo aglutinar la remisa voluntad de tres partidos y la entusiasta de los ciudadanos, y emprender una agotadora campaña de casi cinco meses, seguidos de otro más de una eficaz exigencia de higiene electoral. Ese intenso semestre había sido coronado por una caminata que habría cansado a cualquier muchacho, pero que dio vida nueva a este joven septuagenario, dispuesto a marchar de San Luis a la ciudad de México, y que sólo tuvo que llegar hasta las cercanías de Querétaro para conseguir la parcial reparación de la ofensa infligida a los potosinos.

En esos tensos días, se produjo otro momento en que el doctor Nava parecía anunciar su retiro. Una semana después de las elecciones, ante la declaratoria de gobernador electo expedida por el Congreso a Fausto Zapata, y negado a optar por la vía violenta, el doctor Nava dejó en libertad a sus partidarios para volverse a sus casas. Todo parecía haber terminado al anochecer de aquel 25 de agosto. Y sin embargo, pronto se reanimarían el líder y el Frente.

Al realizarse las elecciones municipales de diciembre pasado, la abstención preconizada por el doctor Nava implicaba una forma de ausencia, que en ese momento era táctica pero parecía ser estratégica por lo menos para Nava mismo. Una nueva respuesta en sentido contrario surgió al anunciar el doctor su decisión de fundar un partido regional. Y si bien una crisis lo obligó a permanecer en el hospital a mediados de febrero, salió de allí para encabezar el lanzamiento del Movimiento Ciudadano, extensión nacional de su esfuerzo potosino de más de tres décadas.

Ahora de nuevo los médicos han instado a su famoso colega a que se retire. El dolor ha de ser insoportable para obligar a este curtido, perseverante, entercado luchador a hacer mutis. Pero que no nos engañe. Ya lo conocemos. No será extraño que reaparezca, vencedor como tantas otras veces antes de los estragos del tiempo.